

lidos hacen de las mujeres unos insoportables pedantes: las mujeres no deben cuidar de sus negocios, porque no los entienden y porque se convierten en tomineras; las mujeres, aunque por su talento, por su carácter y por la legislación civil, puedan, no deben emanciparse de sus padres, hermanos y marido.

Esto se dice vulgarmente; pero nosotros no dejaremos sin una crítica racional tan funestos absurdos.

Una mujer, por donación ó herencia, tiene un capital considerable; es seguro que con la educación que ella ha recibido no puede administrar sus fincas, sean rústicas ó urbanas, ni hacer frente á las graves atenciones que demanda el comercio ó una industria por pequeña que sea; esa mujer capitalista tiene que entregar á ciegas sus intereses al primer varón que se le presenta. ¿Qué sucede? Entre mil casos de esa especie, novecientos noventa dan un resultado que todos conocemos; los padres, los maridos y principalmente los hermanos y otros parientes, se entregan al despilfarro, y la víctima debe recibirlos con sonrisa, so pena de pasar como un monstruo de desamor y de avaricia. Si la mujer, con esos elementos, no puede conservar su capital, ménos puede formarlos; y la prostitución es su único recurso y consuelo. Ya sería muy grave tan triste y oprobiosa situación si sólo recayera en las mismas mujeres; pero el mal es intolerable si atendemos á que generalmente pesa entero sobre los hijos, para quienes la orfandad siempre es un horror á la sombra de una madre inepta, por amorosa que sea.

Consolad ahora, consolad á esos millones de mujeres á quienes sus hermanos, amantes y maridos arruinan cada día; consoladlas diciéndoles: “no teneis alimento, ni vuestros hijos tienen educación; estais á las puertas del hospital ó de la prisión; pero ¡qué gusto! no os habeis degradado hasta llevar un libro de cuentas, hasta celebrar personalmente vuestros contratos, hasta ver en una persona querida un deudor! Dios nos libre de una mujer que se ocupa de negocios; pierde su romanticismo y su coquetería.”

Las mujeres deben cuidar de su persona y de sus intereses lo mismo que los hombres; y para eso es necesario instruir las, é instruir las profundamente y en toda clase de negocios prácticos. El romanticismo es un lujo, y se aviene mal con la pobreza y la ignorancia; el romanticismo de una tonta cuesta un par de pesos en cualquiera establecimiento sospechoso. Muchos ladrones cercan á las mujeres; por lo ménos salvémoslas de aquellos que fingen quererlas para arruinarlas.

Pero fuera de ese interés personal, la instrucción de la mujer tiene una misión de primera importancia en las relaciones sociales; no hay necesidad de encarecer la conveniencia de difundir sólidos conocimientos por todas las clases del pueblo; para esto no bastan las escuelas; los primeros diez años de la vida humana pasan en poder de las madres, parientas y otras mujeres; en esa temprana edad mucho se aprende, y puede aprenderse mucho más: cuánta diferencia resultará entre una niñez pasada entre mujeres instruidas, y nuestra actual infancia que sigue amamantándose con miserables consejas! La curiosidad del niño busca de preferencia á las mujeres, con la esperanza de quedar satisfecha; prodiga sus preguntas sobre objetos reales; y en lugar de cosas se le enseñan palabras; en lugar de observaciones se le contesta con cuentos; y diez años pasan sin que las semillas de las ciencias positivas se hayan esparcido en esa inteligencia naciente donde no todo florece de pronto pero sí todo vegeta.

La instrucción pública, científica, positiva, no será general y perfecta sino cuando comience en la familia; la naturaleza no ha querido que las mujeres sean madres sino para que sean preceptoras.

ARTÍCULO CUARTO.

Ocupémonos hoy de los libros que sirven de texto en las escuelas donde, por cuenta de la autoridad, se reparte la instrucción á los niños: de esas obras, unas son heredadas de la época colonial y otras se conservan en un idioma extranjero.

Obras de la época española.—Inútil es sujetarlas á una crítica minuciosa; ellas pudieron ser admirables en otro tiempo; pero obsérvese que esas mismas ú otras iguales existían en frances, en inglés, en alemán ó en italiano: pues bien, en el espacio de medio siglo, la Francia, la Italia, la Inglaterra con los Estados Unidos y la Alemania, producen cada año nuevos métodos y nuevos ensayos para que la enseñanza sea más fácil y para que las obras elementales representen microscópicamente los adelantamientos admirables de la ciencia. Reproducen en pequeño lo que las enciclopedias en grande. Lo que ántes se llamaba cartilla y se trasformó en silabario, hoy es una enciclopedia que comprende no solamente los elementos naturales del lenguaje, sino que representa fielmente los objetos, y hablando al oído y á la vista, inicia al educando en los objetos fecundos de la historia natural y de las artes. Los mismos diccionarios siguen al través de todas las naciones y de todos los siglos la historia de cada palabra, descomponiéndola en sus más imperceptibles elementos. Lo que se llamaba aritmética y se reducía á ciertas fórmulas que recordaban la adivinación y la magia, hoy es una recopilación de combinaciones de la cantidad con abundantes ejemplos y aplicaciones á los negocios de la vida práctica. Hoy la física y la química se aprenden manipulando; el origen del mundo nos lo enseñan las capas y formaciones de la tierra sin la intervención poética del Génesis; y todos los ramos de la administración pública son militantes, supuesto que cada escuela no forma teóricos, sino reclutas para la tribuna y para el foro. La sabiduría de entónces no es hoy suficiente ni para los niños, que aspiran á conocer las maravillas del vapor y del telégrafo y del daguerreotipo.

Tales son nuestras necesidades; y para satisfacerlas no hemos tenido más que la imprenta de Murguía que aborta diariamente libros envejecidos y estampas ridículas de personajes fabulosos; si ese establecimiento en los 20 años de su existencia, en vez del Señor de Chalma, de la Virgen del Rosario, del Corazón de Jesús y de un hombre ajusticiado, hu-

biera publicado mastodontes, camellos, vacas, plantas útiles, máquinas nuevas, ocho millones de consumidores no permanecerían extraviados en el país de las quimeras.

Obras en idiomas extranjeros.—Las poseemos aunque no con abundancia, y sirven de texto en las cátedras superiores. Así como reconocemos su utilidad, se nos permitirá afirmar que ella es muy limitada. El hombre no digiere en su inteligencia sino lo que mastica con el auxilio de su lengua materna; lo que mal traducimos mal lo aprendemos. Pocos estudiantes comprenden, cuánto necesitan, los idiomas extranjeros, pues á veces los mismos catedráticos caminan en esas regiones con muletas: hay cosas que no se pueden estudiar sino en un idioma determinado, como la literatura que á cada lengua pertenece. Sobre todo, esa instrucción extraña no alcanza sino á mil ciudadanos cuando son ocho millones los que la necesitan. Digámoslo con valor: la enseñanza en idiomas extranjeros es un absurdo. ¿Qué clase de instrucción es esa de que no podemos darnos cuenta en nuestro idioma fundamental y que no podemos comunicar á nuestros conciudadanos?

Las reflexiones anteriores nos autorizan para proclamar la necesidad de que en México se publiquen, no una vez, sino continuamente obras elementales. Ni se espere que los particulares tomen la iniciativa, porque la mayor parte de ellos no han reconocido la necesidad, y los que se ocupan en lamentarla, no tienen recursos para ponerle un eficaz remedio. Este sólo puede conseguirse por los sacrificios de los ayuntamientos, de los congresos locales, del Gobierno general y de algunas asociaciones ilustradas.

De pronto se necesitan muchas traducciones y algunos libros originales; en este ramo poco alcanzaremos de la España; pero cien mil pesos anuales, que nada representan en nuestro presupuesto, al cabo de diez años nos acercarian al nivel de las naciones ilustradas. No olvidemos que además de publicaciones en castellano, son acaso más urgentes las que nos piden los indígenas en sus variados idiomas.

Tenemos instituciones republicanas y no tenemos ciudadanos, porque ni siquiera tenemos hombres. El indígena representa á la nacion; y ese sér humano, forma su casa, labra su milpa, teje sus lienzos, como la abeja trabaja su panal, como el ave cuelga su nido, como la hormiga almacena sus cosechas, por instinto, encasquillando la perfeccion en la igualdad de procedimientos, en la identidad de resultados, y eso cuando la civilizacion se enaltece por los esfuerzos de la variedad y del progreso.

Pero no nos limitemos á los indígenas; pasemos á los descendientes del conquistador: esta raza privilegiada no conoce sus deberes si nó estudia ántes los deberes de los romanos y los del clero; para saber cuántas clases de tabaco, de morera y de caña puede sembrar, necesita comenzar por estudiar en latin ó en frances lo que es y no es el *ente á se*, y cómo todos los silogismos se reducen á uno solo. Hasta para comprender las bellezas de Cervantes y las agudezas de Quevedo, se le exige que deletreé algunas palabras sueltas de Aristóteles.

Nuestros preceptores naturales, nuestras madres, nodrizas y tias, sólo pueden enseñarnos la leyenda de la cueva de San Patricio, la eficacia de la palma bendita contra la electricidad atmosférica, algunos versos románticos y los figurines de las modas.

En cada segundo se hablan ocho millones de palabras en la República Mexicana, y se puede afirmar que son otros tantos millones de disparates. Esa abundancia de insensatez no proviene de ignorancia, su fuente está en el error; muchos leen, y los que no leen preguntan, ó por lo menos oyen; pero, ¿qué oír, qué leer, cuando las publicaciones populares no contienen sino los extravíos mentales de una edad envejecida?

Libros, periódicos, cartillas, catecismos, mapas, estampas para el pueblo! Mientras esta necesidad no se cubra siquiera á medias, no serémos *gente de razon* los mexicanos!

ARTÍCULO QUINTO.

La instruccion pública presenta en nuestro siglo algunas condiciones de existencia que en la antigüedad no le descubrimos como necesarias; así demostraremos que por el mismo hecho de que todos los individuos están llamados á perfeccionar sus conocimientos naturales, las escuelas, comprendiendo las jerarquías de sus clases, cuando no son pagadas por el interes particular, no deben sostenerse sino por el Municipio.

En las repúblicas que nos sirven de modelo y que, como los astros más remotos, brillan á nuestros ojos todavía despues que han desaparecido, una ciudad servia de cuna al poder, á la religion, á las ciencias, á las artes y á la riqueza; se llamaba la ciudad Aténas! Fuera de sus murallas no existian sino aliados ó enemigos; y los que se alejaban de su puerto para cultivar una tierra extraña, dejaban de ser ciudadanos para degenerar en colonos.

Roma concedia el derecho de ciudad á los extranjeros que deseaba levantar hasta igualarlos con los antiguos patricios.

Hasta la teocrática nacion de los judios no se interesaba sino por los creyentes que nacian y morian á la sombra de su templo.

Parece que entónces los grupos de la humanidad, para crecer y florecer, necesitaban arraigarse en un recinto sagrado. Amigo ó encadenado, el mundo hizo por muchos años la peregrinacion al Capitolio. ¿Qué importaban al griego los ilotas ni los bárbaros? Y todavía los restos de las doce tribus, contemplan en sus ensueños un fantasma de la antigua Salem, que se levanta sonriendo entre las ruinas.

Bajo un sistema semejante han sido fundadas todas las monarquías; la nacion está en la corte!

No debemos extrañar, por lo mismo, que los focos de ilustracion jamas se hayan calculado en sus dimensiones y altura, sino para alumbrar un grupo de séres privilegiados. Si las estatuas sólo lucen en Roma; si los palacios sólo son dig-

nos de Roma; si los magníficos festines sólo pueden multiplicarse en Roma; si la hermosura y el valor y el talento no tienen un mercado igual al de Roma; si los negocios públicos, primero los proconsulados y despues la corona, dependen del pueblo que fué un verdadero Júpiter Capitolino; ¿para qué sembrar conocimientos escogidos léjos de aquella ciudad privilegiada? Este monopolio, una vez establecido, ha encontrado otra razon para sostenerse, razon en que se fundaba la economía política de ese mundo que tan rápidamente se desgrana: ¿necesitamos, se decia, jefes instruidos para nuestras tropas? Sólo el monarca, hombre ó capital, puede tener soldados; con un colegio le basta para sus ingenieros militares. ¿Se pide la proteccion á las bellas artes? Una academia junto al palacio recordará á los pintores, á los escultores y arquitectos, que sus mejores obras están destinadas para los próceres. ¿Abogados? reciban del Gobierno su título y el Gobierno les asegurará cierto estado aristocrático. ¿Médicos? Sólo en la capital pueden conocer las enfermedades: de ese centro se repartirán por las principales poblaciones; por el bien de ellos abandonaremos la multitud á la naturaleza y á los curanderos. Lo mismo se quiso hacer con la Iglesia, pero ésta fué la primera en emanciparse.

Hoy todo ha cambiado; si en una playa desierta ó en un solitario bosque se improvisa una poblacion, y publica sus periódicos, y hace rugir sus locomotoras, y suelta las alas á su telégrafo, y levanta palacios, y discute sobre sus intereses, convoca al género humano abriéndole las puertas de la inmigracion; y ese pueblo se llama libre y soberano, aunque reconozca un centro para sus negocios cuando son comunes con otros pueblos. ¿Quién le negará el derecho de ilustrarse sobre todas materias? ¿Qué capital tendrá la ridícula pretension de proveer á esos poderosos colonos, de abogados, médicos, pintores, arquitectos, sacerdotes y soldados? Esto, que seria un absurdo en una poblacion nueva, es inconcebible cuando se trata de municipios que en el trascurso de los años han adelantado la mayor parte de su camino.

Un Gobierno general, por rico é ilustrado que sea, no sólo encuentra un límite estrecho en sus recursos, sino en sus aspiraciones; no puede apasionarse por lo **que** no conoce: esto es tan cierto, que los mexicanos jamas **tendremos** marina si la esperamos de los Supremos Poderes; y **si** éstos piensan en ella, establecerán la escuela sobre uno de **los** radios del Distrito. Los Gobiernos de los Estados se encuentran en el mismo caso.

¿Luego debemos desesperar de que tantas municipalidades pobres lleguen á tener escuelas que suplan por los colegios de las grandes capitales? **Nó**; no debemos **desesperar**; en esas municipalidades puede levantarse un establecimiento no indigno de la ilustracion del siglo, por los **mismos** medios y con los mismos recursos con que se ha conseguido tener una iglesia y acaso dos ó tres, y sufragar los **gastos** de escandalosas funciones. Para esto son las contribuciones que pesan sobre los bienes y los individuos; para esto son **los** auxilios que los Estados y el Gobierno general deben **impartir** con mano generosa; y la misma beneficencia pública seguirá ese carril cuando lo vea cursado por la esperiencia.

Lo que nos hace falta, y es la verdad, **es** un sistema municipal independiente de esas tutelas **vergonzosas** con que los españoles protegieron á los indígenas: **bueno** es que el legislador imponga ciertos deberes á los **Ayuntamientos**: justo es que los Gobiernos no den sin condicion **sus** donaciones; pero las restricciones no deben absorber la **soberanía** del pueblo, esa soberanía que no es real y permanente sino en la discusion de los negocios que á todos interesan.

El siglo no puede sufrir ni bárbaros ni **párias**; quiere hombres; quiere en cada individuo contemplar **una** frente coronada; esa independencia, esa exaltacion individual, supone dos mejoras; la instruccion en todas las clases; la intervencion de todos en los negocios comunes. De hoy **más**, no son separables estas dos ideas: Escuelas, Ayuntamientos!